

Recuperar la ética en la economía

La economía moderna debe volver a sus orígenes

Anthony Annett



FOTO: STEVE JAFFE/FMI

EL PARADIGMA ECONÓMICO DOMINANTE se enfrenta a una crisis de legitimidad. Varias son las dimensiones de esta caída en desgracia: el aumento de la desigualdad y la inseguridad económica, el penoso recuerdo de la crisis financiera mundial y la impunidad de los que la provocaron y un modelo de globalización que favorece a las grandes empresas y élites financieras. Sobre ello se cierne el fantasma del cambio climático. Estas deficiencias socavan la confianza en las instituciones nacionales y mundiales, y provocan un rechazo que se manifiesta en tendencias aislacionistas y extremistas.

Los 17 Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS), adoptados en 2015 por 193 países bajo los auspicios de las Naciones Unidas, ofrecen una respuesta a estos desafíos. Los ODS se basan en que el progreso económico debe medirse con referencia a la inclusión social y la sostenibilidad medioambiental. La idea implícita es que los mercados por sí solos no pueden resolver estos problemas, y que es necesaria la cooperación de los países a nivel mundial y de los interlocutores sociales a nivel nacional.

Este giro requiere una seria reflexión sobre los fundamentos éticos de la economía moderna. Esta conclusión puede llegar a sorprender; después de todo, la economía neoclásica creó una fuerte distinción entre lo positivo y lo normativo, entre los hechos y los valores. Pero no es posible separar los valores de la reflexión económica. Además, la economía propone respuestas concretas a las grandes cuestiones que plantea la filosofía moral: la naturaleza del ser humano, el propósito u objetivo en la vida y la forma correcta de actuar en distintas circunstancias.

En mi opinión, estas respuestas no son adecuadas. El paradigma ético de la economía neoclásica se centra en el “homo economicus”, que busca, motivado por su propio interés, la maximización de unas preferencias materiales subjetivas, lo que puede conseguirse (bajo supuestos muy restrictivos) con mercados competitivos.

Cabe preguntarse si el homo economicus es un reflejo acertado de la naturaleza humana. Según los últimos estudios de la psicología, la neurociencia y la biología evolutiva, no lo es. Por ejemplo, según Edward O. Wilson, biólogo de Harvard, las fuerzas evolutivas llevan a los egoístas a triunfar sobre los altruistas dentro de los grupos, pero a los grupos de altruistas a imponerse sobre los grupos de egoístas. Si es así, los seres humanos están programados para cooperar y respetar normas morales; también, indica que existen tendencias inherentes a favorecer a los que pertenecen al grupo y a condenar a los de afuera.

Desde esta perspectiva, diría que la mayoría de los marcos éticos (seculares y religiosos) tienen un objetivo común: fomentar conductas prosociales y reprimir conductas egoístas y agresivas.

La economía neoclásica es una excepción: respalda el egoísmo, promueve los intereses materiales e ignora la formación ética; después de todo, las preferencias son soberanas, subjetivas y no están abiertas a escrutinio. La virtud se estima irrelevante y, lo que tradiciones más antiguas veían como vicio, se considera beneficioso. Esta es la base de la famosa afirmación de Adam Smith de que es el

interés propio, y no la benevolencia, lo que sirve al bien común (aunque el argumento de Smith era mucho más matizado que los de muchos de sus seguidores).

Un examen crítico de la economía neoclásica debe comenzar por preguntar qué valoran en realidad los seres humanos. Una respuesta evidente es la felicidad. Pero esto significa cosas distintas según la tradición. El utilitarismo ve la felicidad en el sentido hedónico de maximizar el placer y minimizar el dolor, y la economía neoclásica es gran deudora de esta tradición. El enfoque aristotélico ofrece una idea más extensa de eudaimonía: el florecimiento humano, asociado con vivir una vida plena de acuerdo con lo que se considera que, en esencia, tiene valor: relaciones significativas, propósito y contribución a la comunidad. Para Aristóteles, esto requiere inculcar la virtud, entendida como realización del potencial, para poder avanzar desde lo que uno es ahora hasta lo que podría ser si realiza su naturaleza fundamental. Esto tiene mucho que ver con el enfoque de las capacidades de Amartya Sen y Martha Nussbaum, en el que se pone el acento en el desarrollo de las capacidades y la destreza para hacer o ser lo que uno valora.

Ganan las relaciones

La psicología moderna corrobora en cierta forma estas ideas. Por ejemplo, en los estudios sobre el bienestar subjetivo, las relaciones y el sentido de propósito son cruciales para el bienestar, y el dinero hace más asequible la felicidad, pero solo hasta cierto punto. El *Informe Mundial Anual sobre la Felicidad* indica que los países más felices son más ricos, pero también que disfrutan de un mayor apoyo social, niveles más altos de confianza, y generosidad y mejores condiciones para que el desarrollo de las capacidades no se vea coartado por factores como la corrupción, por ejemplo.

También, según numerosos estudios, los seres humanos tienen inclinaciones prosociales, como el altruismo y el sentido de la justicia. Por ejemplo, según recientes estudios de la economía conductual, las personas están predispuestas a cooperar, compartir y recompensar la confianza, pero también a castigar el engaño y el oportunismo, incluso con costo financiero para uno mismo.

Si esto es verdad, no debería sorprender que las malas perspectivas de empleo provoquen ansiedad, ya que el trabajo decente es una dimensión vital de

la realización del ser humano, una fuente esencial de dignidad, propósito y contribución social. O que los fraudes y ventajas injustas que se dan en la economía mundial provoquen reacciones negativas.

En la tradición aristotélica, el bien común es el bienestar derivado de una experiencia social compartida y que trasciende el bienestar del individuo, no excluye a nadie y no puede desagregarse en la suma de bienestar individuales. Esta noción

Necesitamos un compromiso con el bien común que sirva de límite moral a la economía de mercado.

refleja la idea de que solo florecemos con relación a los otros. En el campo de la política, es sinónimo de instituciones que mejoran el bienestar de todos, incluidas las generaciones futuras.

La idea de un bien común no tiene fácil cabida en los paradigmas éticos surgidos de la Ilustración, que ponen el acento en la autonomía del individuo en la búsqueda de su propia idea de bienestar. Este enfoque ha generado grandes avances éticos, en especial por el énfasis en los derechos humanos universales, pero la pérdida de un bien común objetivo conlleva un costo: es demasiado fácil reducir todos los juicios de valor a preferencias subjetivas.

El punto ciego de la ética

La economía neoclásica cae en esta tentación. Sin un fin común compartido, los objetivos de la vida económica se reducen a la ganancia material y financiera. Los actores económicos deben respetar leyes y derechos de propiedad, en lugar de normas morales, y guiarse por incentivos financieros, en vez de por la virtud, lo que representa un vacío ético. Es precisamente esta mentalidad la que alimenta las enormes desigualdades, la inestabilidad financiera y la crisis medioambiental. Como señala Sen, una economía puede ser eficiente en el sentido de Pareto —punto en el que los intercambios comerciales alcanzan la satisfacción máxima de las preferencias— y aun así ser “absolutamente aborrecible”.

Al indagar un poco más, se encuentran evidencias de que inculcar los valores del homo economicus lleva a reprimir la empatía y la solidaridad en favor del egoísmo y el oportunismo. Según el

economista estadounidense Samuel Bowles, una excesiva dependencia de los incentivos financieros socava la virtud, pese a la creciente percepción de que los principales mercados e instituciones no pueden funcionar sin algún tipo de compromiso con virtudes como la justicia, la honestidad y la confianza. Tiene poco sentido decir que, más allá de la eficiencia, los juicios de valor están fuera del campo de esta disciplina. El homo economicus no los aprecia y, como dice Sen, es un “imbécil social”.

Necesitamos un compromiso con el bien común que sirva de límite moral a la economía de mercado. Además de permitir que las personas desarrollen sus capacidades, hay que asegurar que estas se orienten hacia ciertos objetivos comunes acordados, como los ODS. Dada la gravedad de la crisis medioambiental, es fundamental realizar, en las próximas tres décadas, el cambio hacia un sistema energético sin emisiones de carbono.

¿Una responsabilidad cosmopolita?

Esta cuestión suscita otra pregunta: ¿hasta dónde debe extenderse el bien común? Una respuesta es que la

responsabilidad es con toda la humanidad. Esta universalidad está muy arraigada en la filosofía moral moderna. Constituye la base del imperativo categórico, basado en obligaciones, de Immanuel Kant, que solo permite máximas que puedan universalizarse. También es la base del utilitarismo, donde se refleja en la búsqueda de la mayor felicidad para el mayor número de personas. Esta universalidad es especialmente pronunciada en el argumento de Peter Singer, filósofo de Princeton, sobre la obligación de asistir, cuando esté en nuestra mano, a quien lo necesite en cualquier lugar del mundo. Esta responsabilidad cosmopolita se ve sin duda ampliada por la asunción de parte de culpa por el dilema subyacente (como con los países ricos y el cambio climático).

La ética de Aristóteles y los griegos era mucho más específica: el bien común se limitaba a las ciudades-estado y dejaba a las mujeres y los esclavos fuera de la ecuación. En cierto sentido, esta idea apuntala la tendencia innata a la preferencia dentro el grupo. Aun así, debemos reconocer también que somos seres con arraigo social y un fuerte vínculo con la comunidad como epicentro de la amistad, identidad, significado y propósito cívicos. Esto es fundamental para entender el rechazo a la globalización.

No resulta fácil equilibrar estos dos argumentos morales que compiten entre sí; entran en juego tanto factores culturales como económicos. Pero los ODS nos permiten ver el bosque entre tantos árboles: son una hoja de ruta de acción a escala mundial, práctica y accesible, y compatible con las grandes tradiciones éticas seculares y religiosas. En este contexto, los ODS perfilan un bien común y los requisitos básicos para el florecimiento humano en cada país, y las responsabilidades concretas de los países más ricos hacia los más pobres. Su implementación repararía algunas de las deficiencias que amenazan la globalización y la cooperación multilateral.

Debemos volver a situar la reflexión ética en el centro del razonamiento económico, a centrar el diseño de políticas en el bien común y a integrar la educación ética en los programas de economía y administración de empresas. La economía surgió como una rama de la filosofía moral y debe volver a sus orígenes. **FD**

ANTHONY ANNETT es Asistente del Director del Departamento de Comunicaciones del FMI. En los últimos tres años fue asesor del Centro para el Desarrollo Sostenible de la Universidad de Columbia, donde se centró en la intersección entre la ética, la economía y el desarrollo sostenible.

